**Ringo Bonavena**

**EL HINCHA MÁS FAMOSO**

**por Néstor Vicente**

Vicente y Dominga eligieron para el sexto de sus nueve hijos el nombre Oscar Natalio, el 25 de septiembre de 1942 pesó tres kilos novecientos cincuenta gramos. En el corazón de los Bonavena latía el Globo de los Quemeros. Vivían en Treinta y Tres Orientales 2189 pero eran hinchas de Huracán, no por seguimiento a la pasión paterna, ya que Vicente era hincha de Independiente, sino por influencia de los hermanos de Doña Dominga.

Su madre terminaría teniendo en la vida de “Tití” una presencia más que significativa. Fue ella la que preanunció el destino de su hijo al disfrazarlo de boxeador en los carnavales de 1950.

Era adolescente Oscar cuando tuvo la primera aproximación al ring, antes incluso de practicar boxeo. Unos amigos lo alentaron a pelear en Unidos de Pompeya pero quien tenía que afrontar el combate no había ido. Estaban esperando el horario de la pelea y alguien dice, “yo voy a pelear con un tal Bonavena”. Oscar, que todavía no era “Ringo”, le contestó: “ese soy yo y te voy a arrancar la cabeza”. Cuentan que el personaje desapareció y Oscar se quedó sin su debut informal.

Fueron los hermanos Juan y Bautista Rago quienes en el Gimnasio de Huracán empezaron a moldear boxísticamente a Bonavena. En 1959, año de su debut, se consagró campeón argentino amateur de peso pesado. En los años siguientes obtuvo tres coronas en la misma categoría, dos a nivel latinoamericano y una de alcance sudamericano. El “Tití” de Parque Patricios no dejaba de declarar su amor por el Globo y los “quemeros” comenzaban a sentir que Oscar Natalio Bonavena le sumaba a Huracán identidad y pertenencia en tiempos en que los logros deportivos eran escasos.

Pero todavía no había llegado el momento ritual a partir del cual decir “Ringo” Bonavena era decir Huracán, o que hablar del campeón argentino de los pesos pesados era hablar de Parque Patricios y del Club que estaba definitivamente incorporado a su geografía. Ese hecho sucedió el 5 de septiembre de 1965 en que Huracán de local enfrentó a su rival de siempre, San Lorenzo de Almagro.

Bonavena para ese entonces ya era “Ringo”, porque una tarde de abril cerca del Rockefeller Center, los Beatles estaban filmando una película para la Warner y una chica lo ve a Oscar y le grita “¡Ringo!”, aludiendo a Ringo Starr, el baterista de los Beatles, y a partir de ese episodio el “Titi” fue “Ringo” hasta para Doña Dominga. Ya había peleado en quince oportunidades como profesional, ganado trece por nocaut y perdido sólo dos por puntos.

En el Club Oeste de Caballito, Dora ya había atrapado su corazón mientras bailaban “Nacida para mí”, y también ya había tenido la inmensa felicidad de ser papá con el nacimiento de Adriana.

Aunque quizás no le pareciera, ya había pasado más de un año de ese día en Nueva York en el que le ofreció a Gregorio Peralta, que estaba esperando su combate por el título de los pesados, ser su sparring. Eran muchos los acontecimientos vividos, pero a Bonavena –el día anterior a ese 5 de septiembre- le retumbaba en la cabeza la respuesta que le dijeron dio Peralta ante su ofrecimiento: “Ese se quiere hacer famoso a costillas mías. Que vaya a laburar”.

La pelea programada para la noche del 4 de septiembre de 1965 había despertado gran expectativa. El Luna Park muy temprano colocó el cartel “no hay más localidades”. Se enfrentaban el campeón argentino de los pesos pesados el sanjuanino “Goyo” Peralta, que ponía en juego su corona, con Oscar “Ringo” Bonavena. El ring-side costaba dos mil quinientos pesos y la popular trescientos. El dólar se cotizaba a ciento setenta y uno y la recaudación sería récord: $ 13.196.500. Unas cinco mil personas quedaron en los alrededores del Luna Park sin conseguir entradas y la pelea contó con la presencia de veinticinco mil trescientos cincuenta espectadores. Nadie hasta el presente pudo superar esa convocatoria.

“Ringo” se había preparado a conciencia: footing por la mañana, desayuno, dos horas de descanso, caldo, churrasco, ensalada y fruta y desde las cuatro hasta las seis de la tarde trabajo en el gimnasio de Huracán. Unas horas antes de la pelea un periodista le preguntó si estaba tranquilo. Él le contestó: “¡cómo no voy a estar sereno! Yo no soy de los que tienen que tomar tilo para calmarse. Un superdotado, un vikingo como yo, sólo espera matarlo a Peralta”. “Ringo” jugaba a la perfección con su personaje pero arriba del ring era una persona correcta, “no crea problemas” dijo el árbitro Víctor Avendaño, ex campeón olímpico.

La mayoría del público alentaba al que hasta ese momento era el campeón. Muchos hinchas de Huracán y algunos de San Lorenzo, entre quienes Bonavena tenía grandes amigos, le hacían el aguante al “Ringo”. A medida que avanzaba la pelea el triunfo de Bonavena se hacía más evidente, parecía de cemento, y “Goyo” no quedó nocaut de milagro. Nadie se sorprendió cuando los jurados declararon vencedor a “Ringo”. En la revista El Gráfico Cherquis Bialo afirmó: “sentí que un ídolo había nacido”. Oscar –con el cinturón de campeón- fue a festejar a la casa de Doña Dominga y al día siguiente a la cancha de Huracán, donde concretaría su indestructible alianza con el Club de sus amores.

Del lado de los “cuervos” estaban Telch, el “Bambino” Veira y Doval y del lado de los “quemeros” Buttice, Ginarte, Brookes y Loayza. Cuando “Ringo” más agrandado que nunca se paró en el centro de la cancha, de las tribunas partió un canto que sellaba ese vínculo entrañable entre el barrio, el Club y el muchacho que, sin resignar su origen y pertenencia, había llegado a la cumbre de la fama. Muchas otras veces se volvió a escuchar el “Somos del barrio, del barrio de la Quema, somos del barrio de Ringo Bonavena” pero nunca como ése día.

El partido lo ganó uno a cero San Lorenzo con un gol de Santamaría en el segundo tiempo. Dicen que “Ringo” se fue en el entretiempo y como previendo que podíamos sufrir en el complemento dijo “yo me voy empatando”.

Todo Huracán y todo Parque Patricios siguieron los pasos del ídolo que con sus logros sumaba grandeza al Club con el que se identificaba. Y en un día de fiesta y goles en que el Globo le ganó 9 a 0 a Colón, obteniendo invicto el Torneo Reclasificación, nadie dejó de aplaudir a Rendo y a Brindisi, a Babington y el “Bambino”, a Buglione y a Cantú, pero tampoco ningún “quemero” dejó de comentar la pelea que a los dos días, pasadas apenas las doce de la noche, enfrentaría a Bonavena con Cassius Clay. Canal trece transmitió en directo la pelea y mientras se disputaba, la Ciudad se vio desierta. El récord de audiencia recién se superó en 1990, pocas veces una derrota otorgó tanta gloria.

Bonavena cada vez fue siendo más idéntico al personaje que él creó de sí mismo. Cantó el “Pio, Pio” en el Nacional, fue premiado como el “Rey de la Noche” en Rugantino y fue estrella en la televisión. Disfrutó el nacimiento de su hijo varón y festejó el campeonato del ‘73 como todos, y como era su estilo, más que todos, ya que fue un animador de la fiesta en la Rural donde Huracán festejó su conquista.

El dolor de su muerte se palpó en cada esquina de Soldati, Pompeya, Boedo y Parque de los Patricios, pero todo el país lloró su muerte. Lo velaron en el Luna, bajo las mismas luces que fueron testigo de sus éxitos. Una multitud acompañó sus restos. La bandera de Huracán cubrió el féretro junto a la enseña nacional y a lo largo de toda la Avenida La Plata una doble fila lo fue despidiendo. La tribuna local del Tomás A. Ducó lleva su nombre y un monumento frente a la Sede testimonia que en la Quema se siente que “Ringo” está presente.